

las góndolas; especie de grandes árboles acuáticos, pero sin ramas, sin hojas, tristes y secos. La ciudad parece inhabitada. De vez en cuando pasan sobre los arcos de los puentes algunos viandantes como sombras de las sombras. El silencio es sepulcral. Sólo oís el grito del gondolero que avisa á sus camaradas para que las góndolas no choquen. Este grito, por todas partes repetido, es ágrío y agudo como el grito de las aves marítimas. El verde limo que sale á la superficie de los canales flota á intervalos y lo tomáis por un cadáver. La puerta de un palacio gira sobre sus goznes, algunas personas bajan silenciosas por sus escaleras de mármol y se instalan en sus góndolas. ¡ Oh ! Las tomariais por habitantes de un panteon que van á dormir sobre un ataúd. De pronto salís al gran canal, respiráis brisa más fresca y más libre, veis á la luz de las estrellas fustes de estriadas columnas, plintos y bases que salen del agua, rosetones góticos, ajimeces árabes, ventanas bizantinas, arcos del Renacimiento; pero la góndola corre de nuevo á perderse en el laberinto de los estrechos callejones, y aquella decoracion mágica desaparece en la realidad, como las horas rápidas del placer en las tristezas eternas de la vida.

El camino desde la estacion á nuestro albergue era larguísimo. Los gondoleros continuaban de

pié á cada lado de la góndola impulsándola con sus sendos largos remos y repitiendo sus agudos gritos. A cada paso una esquina, sobre cada esquina un puente, al pié del puente y á las puertas de la casa las escaleras de mármol, sobre el último blanco escalon el agua verdinegra, y bajo los arcos del puente y junto á las graderías blancas, las góndolas negras cubiertas con sus largos paños pardos semejantes á los paños de un catafalco. El objeto más necesario á la vida veneciana es la góndola, y la góndola es tambien el objeto más triste. Imaginaos una elipse de madera negra con varios relieves; á uno de los extremos grande alabarda dentada, cuyo acero brilla siniestramente, y al otro extremo una especie de pequeña cola retorcida; en el centro, como antigua tartana de Valencia, el sitio de reposo, forrado por dentro de terciopelo negro, por fuera de paño negro con borlas de seda, lleno de mullidos cojines de tafíete, cerrado por cuatro ventanas, con cuyos cristales, con cuyas cortinas, con cuyas persianas podeis comunicaros ó incomunicaros á voluntad; todo oscuro, todo triste, todo misterioso, todo romántico, invitando la vida á las aventuras, la imaginacion á las leyendas, pues unas y otras se desprenden como consecuencia natural de todo cuanto os rodea, y sobre todo, de vuestra inseparable compañera, la silenciosa

góndola. Así Roma es la ciudad sublime, Nápoles la ciudad placentera, Florencia la ciudad académica, Liorna la ciudad mercantil, Pisa la ciudad muerta, Bolonia la ciudad música, Milan la ciudad civil y Venecia la ciudad romántica. El Moro y el Mercader de Shakspeare, el Angello de Víctor Hugo, los dramas de Byron, han sido inspirados por estas sombras, y tienen aquí, en estas góndolas, sus misteriosas cunas.

Hoy Venecia reúne á la poesía de sus artes la poesía de sus recuerdos, y á la poesía de sus recuerdos la poesía de sus tristezas. Los palacios se caen, las estatuas bajan á pedazos de sus pedestales, las rientes figuras de sus cuadros se van como las mariposas al soplo del invierno. La herida que le causó el cambio del movimiento humano hácia otras regiones, por la aparición de América en el mundo y el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, esa herida que mató su comercio no ha podido ser curada por su reciente libertad, porque la libertad no puede destruir las fatalidades geográficas. Venecia se muere. Sólo que en vez de morir como una prostituta en los calabozos austriacos, muere como una matrona en el seno de su hogar y rodeada de sus hijos. Venecia cayó al pié de la cuna de América, como Ifigenia al pié de la cuna de Grecia. Los caminos de la humanidad están sembrados de víc-

timas, y el progreso no se exceptúa de esta ley necesaria. La vida se alimenta de la muerte. Pero no es por eso ménos triste ver morir una ciudad cuyos Dux tuvieron la corona imperial de Bizancio tantas veces en las manos, y la rechazaron por el gorro frigio de la vieja república; ver morir una ciudad cuya bandera ahuyentó á los turcos y despertó las fuerzas del comercio y del trabajo; ver morir una ciudad cuyas libertades son las más antiguas en la era cristiana, y que ella sola ha sido la Inglaterra de la Edad Media; ver morir á una ciudad que en sus copas de cristal, en sus banquetes báquicos, en sus voluptuosas serenatas, en sus sensuales cánticos, en sus guirnaldas de coral y algas trajo disuelto á nuestra vida el aroma inmortal del Renacimiento. ¡Cómo sentía en aquel viaje por las calles de Venecia no ser poeta, orador ni escritor de algun mérito para lamentar con elocuencia la muerte de esta ciudad única en el mundo! Ideas de luto y desolacion solamente me habian inspirado los ataúdes flotantes, los palacios sombríos, las magníficas ventanas medio destrozadas, los monumentos medio ruinosos, el tortuosísimo laberinto de calles estrechas y de canales oscuros, las sombras que se dibujaban en los altos puentes, las separadas piedras de mármol lamidas por las olas, el ruido del agua, que parecia una lágrima cayendo sobre

otra lágrima, y los gritos de los gondoleros que parecían un lamento repetido por otro lamento.

Pero en esto llegamos al gran canal, frente á la iglesia de la Salud, donde íbamos á alojarnos, muy cerca de la piazzetta de San Márcos. Su anchura es allí la anchura de un brazo de mar. Sus aguas son claras como si llevarán disuelta la luz del día. La fosforescencia que dejan los remos y la quilla dibujan por doquier largas cintas blancuecinas como rayos de luna. Al desembocar nosotros de los pequeños canales en aquella grande extension, várias góndolas se dirigían al Rialto iluminadas por faroles venecianos, sólo comparables á guirnaldas de luminosas flores. Esta mágica iluminacion resaltaba en la oscuridad de la noche y se repetía en la transparencia de las aguas. De las góndolas salía un coro armoniosísimo, solemne, acompañado por excelente música; acordes misteriosamente engrandecidos y dulcificados por la sonoridad del aire y de las lagunas. Después de haber pasado aquella travesía, después de haber hecho por la red infinita de canales aquel viaje, en que Venecia semejaba una de esas místicas ciudades pintadas por los artistas de la Edad Media en las paredes de los cementerios para representar el infierno, al verme en el gran canal, en aquella larga serie de monumentos, sobre el agua transparente, bajo el cielo clarísimo,

descubriendo las iglesias de blanco mármol iluminadas como grandes montañas de nieve por los rayos de los astros, contemplando las góndolas que se deslizaban rápidamente, festin flotante consagrado al arte, oyendo aquella música, aquella armonía deliciosa en alas de los vientos de la misteriosa laguna, créime en la antigua Venecia, en la que traía la riqueza y los colores de Oriente, en la que escuchaba las serenatas de Leonardo de Vinci, en la que prestaba los matices del iris á la paleta de Ticiano, en la que se reía con la carcajada de Aretino, en la que llevaba, como un esclavo, el Imperio de Constantino á sus piés, y como una compañera á su lado, Grecia, la tierra de los poetas. Pero la serenata pasó, las luces se perdieron pronto en los recodos del canal, sumergiése la laguna en su profundo silencio, y las torres de las iglesias vecinas dieron el toque de Ánimas con elegiaco lamento.

Al día siguiente faltábame el tiempo para ver Venecia. Confieso que una de las artes á mis ojos más maravillosa y expresiva, es la arquitectura. Sus piedras, reguladas por las ideas, como las notas de un cántico ó como los miembros de un discurso, me inspiran siempre, cuando aciertan con sus armonías á expresar la belleza, un placer purísimo, intelectual. Las grandes líneas, los dilatados espacios, los ambiciosos arcos, las aéreas

rotondas, las columnas con sus adornos, las galerías con sus léjos, los patios y los claustros, sumergen á la mente en profundas meditaciones y expresan siempre el genio del siglo con su carácter simbólico. Yo gusto mucho de la arquitectura griega, de su sobriedad, de su austera sencillez, de su gracia infinita, de la facilidad con que expresa grandes ideas con pocos medios y llega á la hermosura sin violentar sus formas, poniendo un ligero friso, cuadrado, sobre cuatro frentes de intercolumnios, cuyas armonías son tales, que puede decirse cantan como un coro. Yo admiro también á los romanos, que sobrepusieron los tres géneros de la arquitectura en sus monumentos, como sobrepusieron las tres edades de la historia en su civilización y en sus códigos. Yo no olvidaré nunca la rotonda del panteón donde espiró el paganismo; ni los arcos triunfales, puertas magníficas de la nueva edad del mundo. Sobre todo, lo que el arte antiguo me inspira siempre es un culto infinito á la sencillez de las formas y á la naturalidad de la expresión. Pero este entusiasmo por el arte antiguo no excluye la admiración por todos los géneros bellos de arquitectura. No hay cosa peor que el exclusivismo en las artes. Los arquitectos del pasado siglo, en su odio por el gótico, llegaron, aún los de más gusto, á construir unos edificios grandes, pero mudos; más

que severos, rígidos, con toda la rigidez de la muerte. Hay arquitecturas que se distinguen por su sabiduría, por su perfecta sujeción á las leyes de la estática. Tales son la griega y la romana. Han pasado sobre ellas los siglos, y ese otro elemento más devastador todavía que los siglos, las cóleras de los hombres; pero se han estrellado contra su imperturbable firmeza. Hay, sin embargo, arquitecturas que se distinguen por su expresión. Tales son la oriental y la gótica. Venecia se parece á Granada, en que Venecia tiene una arquitectura propia, exclusiva, nacida de sus particulares circunstancias históricas y del misterio único representado por ella entre el Oriente y el Occidente. Así como los granadinos, conservando siempre aquel carácter árabe que llegó á su perfección en la aljama de Córdoba, se acercaban al gótico, los venecianos, conservando el carácter bizantino y gótico, general en la Edad Media, le arrojaban encima como un velo de oro las ricas preseas del Oriente. Así ha creado Venecia esa serie de monumentos que son el prodigio de los prodigios, por su variedad y por su riqueza. Si vais á examinarlos con el Vitrubio en la mano, con las reglas de Vignola en la mente, llevando la escuadra y el compás, sometidos á un examen matemático, demandándoles obediencia ciega á las leyes de la estática, pronto á in-

dignaros si veis que una galería está sostenida por un armazon de hierro, que una columna gruesa está sobrepuesta á una columna ligera como riéndose de los principios generales de la gravedad física, que una mole de mármol pesa, siendo como una montaña, sobre el encaje de una galería aerea y ligerísima; si ante todo y sobre todo poneis las matemáticas, no os pareis delante de esos edificios de la Edad Media, que ante todo y sobre todo ponen la riqueza de la expresión, riqueza grande, inverosímil, como son inverosímiles todas las hipérboles, pero en realidad muy bella. ¡Cómo influye en las artes el medio en que se desarrollan! Venecia es una maga que obliga á los artistas á seguirla y les imprime su beso de fuego en la frente. Los arquitectos del siglo décimoquinto construyen edificios severos en Roma, al mismo tiempo que el gótico florido abre sus calados rosetones en toda Europa como las primeras flores del Abril del Renacimiento. Y los arquitectos de Venecia, á fines del siglo décimosexto y principios del siglo décimoséptimo, cuando el arte clásico todo lo ha avasallado, sin dejar de seguir su influjo, coronan los frisos de sus monumentos, las cúspides de sus torres, las azoteas de sus palacios con joyas y cinceladuras, esmaltadas siempre por el oriental carácter veneciano.

Salgamos, pues, á contemplar á Venecia. Nues-

tra góndola se desliza por el gran canal. Las aguas tienen un verde-esmeralda, el cielo un azul-turquesa, los bancos de arena un brillo de oro, las casas de las cercanas islas un esmalte de coral-rosa, y las iglesias de mármol una transparencia tan extraordinaria que parecen iglesias de cristal: bruñe el sol todos los objetos con sus rayos, esos pinceles de la naturaleza, y la brisa cargada con los aromas de la primavera, con las salinas exhalaciones del mar, perfumada y picante, os convida con sus voluptuosos besos á la infinita alegría de vivir. No tenemos tiempo de mirar ese gran canal que los pintores venecianos, reproduciéndolo de todas maneras, desde los albores de la escuela con Carpacio hasta su extincion con Canaletto, han impreso indeleblemente en las retinas de los amadores del arte. Sólo es dado ver con una rápida ojeada que desde los edificios pesados bizantinos, hasta los edificios elegantes del siglo décimosexto, y desde los elegantes del siglo décimosexto hasta los abigarrados de la decadencia, unidos á monumentos góticos de todo género, ornados con guirnaldas sirias y árabes, la historia del arte se apiña en dos largos muros de mármol á uno y otro lado del canal, realzada por los reflejos del agua y por las tintas del cielo. En cada ciudad buscáis primero un monumento, un punto. En Sevilla la catedral, en Granada la Al-

hambra, en Córdoba la mezquita, en Roma el Coliseo, en Nápoles el Vesubio, en Pisa el Cementerio, en Florencia la plaza de la Señoría, y en Venecia la plaza de San Márcos. Llegamos al pié de su magnífica escalera. Nos detenemos extasiados. No es posible pintar á Venecia. La palabra humana carece de bastantes matices para tan rico cuadro. Yo no lo intento siquiera. Se necesita ver, y sentir, y admirar, y empapar en aquellos colores los ojos, y absorber por todos los poros aquella vida, y luégo callarse.

Nunca he deplorado tanto el compromiso contraído con mis lectores, á cuya inagotable bondad voy á faltar, encontrándome con este soberbio paisaje ante mis ojos y esta humilde pluma en las manos. En primer término, el lago, espléndidamente iluminado por el cielo y el sol, que lo borda con sus rayos; al Norte la desembocadura del gran canal con sus varios y ricos edificios; al extremo derecho de la desembocadura la mármorea iglesia de la Salud, cuyas blancas rotondas se dibujan maravillosamente en la nitidez del aire; ante esta iglesia, levantada en torre graciosa, una grande esfera de bronce dorado y en su polo un ángel de bronce oscuro; á la desembocadura izquierda, una terraza de jaspe sobre la cual ostenta sus flores primaverales, ameno, aunque estrecho, jardín, poblado de mariposas; en el centro

la piazzetta, el palacio de Sansovino, cincelado como un escudo de Cellini y rematado por un coro de estatuas; el palacio de los Dux, al otro lado, descansando su mole de mármol rojo y blanco sobre una doble galería de arcos góticos entrelazados por un juego de caprichosos rosetones, y recamados en el chapitel de sus columnas con esculturas bizantinas, que se armonizan y se enlazan de una manera admirable con la diadema de agudos triángulos y los airosos campanarios de la cima; ante estos dos monumentos, las dos columnas de granito oriental, dos monolitos colosales, y encima el cocodrilo de San Teodoro y el león de San Márcos, que parecen exhalar el huracán de sus abiertas fauces; en el fondo, al lado izquierdo, el Campanile, alto y airoso como nuestra Giralda, calzado por una tribuna maravillosamente esculpida, y coronado por un ángel que alza sobre su aguda aguja las alas de oro á lo infinito; al mismo fondo, en el lado derecho, la Basílica, oriental, gótica, griega, bizantina, árabe, mezcla de todas las arquitecturas, resumen de todas las épocas, con sus arcos azules sembrados de estrellas, sus columnas de todos los jaspes, sus estatuas y sus bizarros campanarios, los cuatro caballos de Corinto sobre la puerta, los mosaicos de cristales venecianos en los huecos, de cuyo aureo cielo se destacan maravillosas figuras de

todos colores, las rotondas en la cima, breves copias de las rotondas de Santa Sofía como una aparición del Asia; y en las vastas proporciones de aquel paisaje, el muelle de los esclavones lleno de navíos, realzados por los pintorescos trajes de los turcos y de los griegos, por la gran multitud veneciana que en aquella vastísima calle desemboca; más lejos todavía las islas de San Jorge Mayor con su iglesia de color de rosa y blanco; la Giudecca con sus edificios empapados en todos los matices del iris; San Lázaro con su convento armenio, cuya torre oriental parece la vela rizada de un gran navío; el Lido poblado de bosques, que tocan las aguas con sus ramas y llenan los ruiseñores con sus cantares; los jardines como islas flotantes, como canastillos gigantes de flores confiados al agua; todo atravesado por las gasas celestes de los canales, todo variadísimo, por el color ya dorado, ya argentado de los bancos de arena, todo animado por el contraste de las blancas velas latinas que entran y salen con las negras góndolas venecianas que por doquier se deslizan, todo arrullado por las ondas del Adriático; al lejano Occidente los Alpes, que bajan como un ejército de gigantes pirámides celestes, y en el lejano Oriente, como una música eterna, el viento que viene desde las playas de Grecia. No hay nada igual en el mundo.

¡Cuántas hermosas ciudades hemos recorrido en Italia! Cada una tiene su maravilla, y cada maravilla su carácter. Cuando vais de Roma á Nápoles, no os parece hallaros en otra tierra, sino en otro planeta. El cementerio de Pisa y el cementerio de Bolonia son magníficos; pero hay entre ellos tanta distancia como entre el panteón de Agripa y la catedral de Milan. De Florencia á Pisa vais en dos horas, de Pisa á Liorna en media; y cada una tiene abismos de diferencia en sus calles, en sus monumentos. La magnífica torre inclinada de Pisa parece hecha á millares de leguas del lugar donde se alza la divina rotonda de Santa María dei Fiori de Florencia. Cada una de estas ciudades ostenta su escuela especial de pintura y su especialísimo carácter de arquitectura. Cada una de ellas engendra un genio que le devuelve, en cambio del regalo de la vida, el regalo de la inmortalidad. Pisa tiene á Nicolás, que ha adornado con dos siglos de anticipación el Renacimiento, haciendo florecer bajo su cincel los mármoles; Bolonia tiene á Juan, que detiene un momento la decadencia de la escultura; Fieszoli tiene á Fra Angelico, que pinta los ángeles con la misma facilidad con que Platon describe las ideas puras, y de rodillas ante las Vírgenes salidas de su pincel, entre los límites de

dos siglos, como el décimocuarto y el décimoquinto, que son los límites de dos mundos, simboliza el fin de las edades místicas; Venecia es la madre del Ticiano, Verona de Pablo Cagliari, Florencia de Miguel Ángel, y Roma puede llamarse, por las loggias, las estancias, la transfiguración, las Sibilas, la Galatea de la Farnesina, la Madona de Foligno y el Isaías, la capital de Rafael.—¿De dónde proviene esta grandeza?—De la descentralización de sus gobiernos, de la libertad de sus repúblicas, de la independencia municipal. Sólo hay en la historia una época superior á su época, un pueblo más ilustre que sus pueblos, Grecia. Pero el secreto de su grandeza está en la misma causa que el secreto de la grandeza de Italia. Miguel Ángel es uno de esos titanes que llevan en sus piés las heridas de las moles calcinadas, puestas unas sobre otras para escalar al cielo, y en sus frentes las heridas de las tempestades que han atravesado, buscando solitarios por las regiones superiores de la atmósfera lo infinito. Pues bien; Miguel Ángel, cuando vió morir la libertad en su patria, cinceló una figura hermosísima pero triste, le puso la perfección griega en las formas, el dolor cristiano en la frente, le cerró los ojos, le extendió sobre un sepulcro y le llamó la noche. La ausencia de la libertad

fué la muerte de Venecia, la muerte de Milan, la muerte de Pisa, la noche de Italia. Por todas partes se encuentra en la geología de la sociedad á la libertad, como en la geología del planeta á Dios.